

Profeta sin ganas



Dr. Justo L. González

© Justo L. Gonzalez

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>
info@aeth.org

Profeta sin ganas

El libro de Jonás es uno de los menos utilizados en la predicación. No es difícil adivinar por qué. ¿Quién quiere complicarse la vida con controversias acerca de si el libro es hecho histórico o fábula literaria, o si fue una ballena o un pez lo que se tragó a Jonás?

De paso, es interesante notar que este libro ha suscitado controversias desde tiempos antiguos, aunque por razones distintas. En el siglo cuarto, Jerónimo tradujo la Biblia al latín que era de uso común entonces. Esa traducción es la que se conoce como la Vulgata. Al llegar al pasaje en el que se nos dice que Dios preparó una planta para que cubriera a Jonás, Jerónimo tradujo el nombre de esa planta como una hiedra. La traducción tradicional le daba el nombre de “calabacera”. Y cuenta la historia que cuando el obispo en una iglesia del norte de África leyó la nueva traducción alguien le interrumpió, diciendo que la planta no era una hiedra, sino una calabacera. La controversia se volvió agria. Hubo correspondencia entre África, Roma y Palestina, donde Jerónimo vivía a la sazón. Pronto surgieron dos partidos, que podríamos llamar los “calabacistas” y los “hiedristas”. Los calabacistas defendían la versión tradicional, y los hiedristas la de Jerónimo. Este último, en medio de la controversia, llegó a decir que los enemigos de su traducción eran unos borrachines, y que la razón por la que querían un calabazo era para tener donde esconder el licor. Hoy, tras consideraciones más cuidadosas, la mayoría de los eruditos piensa que los dos partidos estaban equivocados, y que la mejor manera de traducir la famosa planta es que era una planta de castor.

Todo el episodio da risa. Pero lo cierto es que es también trágico. Porque lo que indica es que de hecho en medio de la controversia todos se olvidaron del mensaje central del libro.

El libro no es acerca de una hiedra ni de una calabacera, ni sobre un pez o una ballena, sino acerca del amor de Dios hacia los ninivitas.

Los ninivitas, que eran famosos por su crueldad.

Los ninivitas, que no conocían a Dios ni creían en él.

Los ninivitas, a quienes no les importaba si Jonás vino a camello o en una ballena.

Los ninivitas, que eran los más crueles enemigos de Israel, y cuya destrucción le hubiera causado alegría a cualquier israelita.

Los ninivitas, quien era de esperarse que serían el último pueblo en arrepentirse.

Pero más todavía, el libro de Jonás no es principalmente un libro acerca de una ballena o un gran pez o una hiedra o una calabacera. El libro de Jonás trata principalmente acerca de este extraño Dios nuestro, que llama a Jonás, y prepara una tormenta, y prepara un gran pez, y todo para que Nínive no se pierda.

Y el libro es también acerca de este profeta que sabe de sobra cuán grande es la misericordia de Dios. Lo sabe, pero no le gusta. Hacia el final del libro, Jonás lo dice bien claro: "¿Es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresure a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia."

Jonás no se negó a ir a Nínive porque tenía miedo. Jonás no era ningún cobarde. De hecho, cuando la tormenta amenazó a todos los de la nave, fue él quien sugirió que le echaran al mar. Ni tampoco se negó a ir a Nínive porque no le gustara enfrentarse a los sufrimientos y los rechazos que los profetas tan frecuentemente reciben, o entendiera los propósitos de Dios. Al contrario, Jonás sabía que Dios es Dios de misericordia, y que deseaba perdonar a Nínive. Lo que le preocupaba a Jonás no era fracasar, sino tener éxito y salvar a Nínive. Jonás conocía la misericordia de Dios. La conocía, y no le gustaba. Y no nos ha de ser difícil si nos imaginamos lo que sería volver a su casa después de su misión y tratar de explicarles a sus vecinos qué es lo que ha estado haciendo.

Luego, el libro de Jonás es acerca de este extraño Dios cuyos escogidos bien pueden ser vientos y tormentas, despojados de toda seguridad, y hasta lanzados a lo profundo del abismo, y todo para la lejana Nínive, la maligna Nínive, Nínive la enemiga, pueda conocer la misericordia divina.

De hecho, Jesús interpreta el texto. Es de todos sabido que Jesús dijo que "esta generación perversa pide una señal; pero no les será dada otra señal que la señal de Jonás" (Luc. 11:29).

Al oír estas palabras de Jesús, de inmediato pensamos en los tres días que Jonás pasó en el vientre de la ballena, y se paralelismo con el tiempo que Jesús pasó en la tumba. Y eso es parte de lo que el evangelio dice acerca de la señal de Jonás. Por lo menos, eso es lo que dice el Evangelio de Mateo. Pero nos olvidamos de que Jesús dice mucho más sobre la señal de Jonás.

Tanto en Mateo como en Lucas, se nos aclara lo que es esto de la señal de Jonás:

Porque así como Jonás fue señal a los ninivitas, también lo será el Hijo del Hombre a esta generación. La reina del Sur se levantará en el juicio con los hombres de esta generación, y los condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón en este lugar. Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque a la predicación de Jonás se arrepintieron, y he aquí más que Jonás en este lugar (Luc. 11:30-32).

La señal de Jonás está en que los ninivitas se arrepienten e invocan la misericordia de Dios, a quien no conocen, mientras el profeta que sí le conoce se lamenta de esa misericordia.

La señal de Jonás está en la Reina de Saba que viene desde los fines de la tierra a escuchar la sabiduría de Salomón, mientras los propios hijos del rey se niegan a seguir su sabiduría.

La señal de Jonás está en los publicanos y las ramera que se adelantan en el Reino a las gentes religiosas de su tiempo.

La señal de Jonás está en Aquel que es rechazado por blasfemia por los jefes religiosos del pueblo, y condenado a muerte como un criminal por los jefes políticos, y que ahora se levanta de los muertos, y se sienta a la diestra de Dios, y le es dado un nombre que es sobre todo

nombre, “para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra.” (De hecho, esto le da un sentido más profundo al paralelismo entre la señal de Jonás y los tres días en el vientre de la ballena, porque la conexión no es sencillamente una cuestión del número de días, sino que está también en el hecho de que Jonás, tras hundirse en las profundidades del mar, se levantó de nuevo para llamar a la poderosa ciudad de Nínive al arrepentimiento.)

Y la señal de Jonás aparece también en el caso de Cornelio, el oficial militar del imperio que mató a Jesús, quien ahora provee la ocasión para que Pedro y la iglesia primitiva, como otros tantos Jonases recalcitrantes, descubran el amplio alcance de la misericordia de Dios.

Y la señal de Jonás bien puede estar en este grupo de personas aquí reunidas. Al mirar yo a esta congregación, no veo muchas personas que se me parezcan al presbiteriano típico en este país. En la iglesia presbiteriana original, en Escocia, no había muchos presbiterianos apellidados Pérez, o García, o Sánchez, o Mercado. Pero ahora, en una de esas misteriosas acciones de la gracia de Dios, nosotros hemos sido añadidos al cuerpo. De igual modo que la señal de Jonás estaba en Jesús al ser resucitado de entre los muertos, así también la señal de Jonás está en nosotros quienes hemos nacido de nuevo por aguas del bautismo, y hemos surgido de esas aguas, como Jonás de lo profundo de la mar, para vivir nueva vida en Cristo, y para ser mensajeros y señales de la misericordia divina.

En el día de hoy, como en tiempos de Jesús, las gentes andan pidiendo señales. En particular en la Iglesia Presbiteriana, en estos días de transición, todos queremos señales. Queremos señales de que Dios bendice lo que estamos haciendo, Y buscamos señales en la nueva estructura. ¿Dónde van a estar los cuarteles generales? ¿Quién va a estar a la cabeza de tal o cual unidad? O buscamos señales en nuestras estadísticas. ¿Estamos creciendo? ¿Qué de nuestras ofrendas? Y entonces nos engañamos a nosotros mismos, pensando que la señal de la bendición de Dios se encuentra en los lugares en que las estadísticas parecen más prometedoras: en particular en las florecientes iglesias suburbanas—aunque sabemos de sobra que la razón por la que la mayoría de esas iglesias están creciendo es que están recibiendo miembros de otras iglesias. O pensamos que la señal de la bendición de Dios está en nuestra perspicacia teológica, o en evangelísticos, o en organizarnos, o en cualquiera otra cosa en la que nos consideremos particularmente aptos.

Pero bien puede ser que también a nuestra generación no le será dada otra señal que la señal de Jonás. Podemos andar buscando señales en nuestros grandes templos, con sus altos campanarios, o en nuestros planes para la nueva organización. Pero si no hay entre nosotros la señal de Jonás, toda otra señal es en vano.

Bien puede ser que la señal de una iglesia en la cual obra del Espíritu de Dios sea precisamente que las personas más inesperadas lleguen a experimentar la gracia de Dios, como en el caso de los ninivitas en días de Jonás, o el de la Reina de Saba en días de Salomón, o como los

publicanos y pecadores en tiempos de Jesús. La señal de Jonás bien puede estar en que las barreras de clase y de raza que dividen las comunidades humanas de algún modo se deshagan en esta comunidad del Espíritu.

El libro de Jonás es entonces acerca de los ninivitas, y de cómo el hecho de que aun a ellos les está abierto el camino a la misericordia divina ha de ser también señal para nosotros.

Pero el libro no es solamente acerca de los ninivitas. Es también acerca de Jonás. Es acerca de un profeta que conoce y comprende la gracia de Dios, pero quiere limitarla. Es acerca de un profeta que se regocija en la salvación que Dios da, pero únicamente cuando esa salvación es para las gentes que él quiere y que a él le gustan.

Este aspecto negativo de la señal de Jonás aparece también en tiempos de Jesús, en los escribas y los fariseos que conocen la misericordia de Dios, pero quieren controlarla; y es por eso que rechazan a Jesús y conspiran contra él. En medio de todo lo que la iglesia dice acerca del amor y de estar abierta a todos, este aspecto negativo de la señal de Jonás desafortunadamente aparece entre nosotros con demasiada frecuencia. Aparece cuando la iglesia practica el racismo, y habla mucho de evangelismo, pero quiere que solamente se acerquen a ella cierta clase de personas. Y triste es decirlo, aparece también en la iglesia minoritaria, en la misma comunidad hispana, donde a veces queremos que sí, que vengan los hispanos, que se unan a nosotros; pero siempre que sean como nosotros.

Pero el mensaje de Jonás, la señal de Jonás es que los ninivitas también han de recibir la misericordia de Dios, aunque al profeta hebreo no le guste; que la reina del lejano reino de Saba está más cerca del reino que los propios hijos del rey Salomón; que en este Reino de Dios los primeros en quedar fuera no son los que otros excluyen, sino los que excluyen a otros.

Porque, en fin de cuentas, el libro de Jonás, además de ser sobre los ninivitas y sobre Jonás, es también y ante todo sobre Dios. Es sobre este extraño Dios nuestro, y Dios de las Escrituras, cuyas prioridades son distintas de las nuestras. A nosotros nos gustaría que Dios fuera como nosotros quisiéramos, con nuestras propias prioridades, que Dios juzgará al mundo del mismo modo en que nosotros lo juzgamos. Pero el hecho es que este extraño Dios de la Biblia es un Dios que llama a un profeta, y cuando el profeta se muestra recalcitrante le fuerza a ir, y todo por salvar a una nación que por largo tiempo ha perseguido a Israel, una nación que ni siquiera cree en Dios.

AETH

Y, si esto nos parece extraño leamos de nuevo el último versículo del libro, donde aparecen cosas aún más sorprendentes: "¿No he de tener yo misericordia de Nínive, esa gran ciudad, donde hay más de 120,000 personas que no saben distinguir entre su mano derecha y su izquierda, y muchos animales?"

A nosotros nos sería fácil comprender el deseo de Dios de no destruir una ciudad que se había vuelto un centro de civilización, cuyo rey gobernaba sobre millones de súbditos, cuyas

maravillas arquitectónicas sobrecogerían a los arqueólogos en siglos por venir, y cuyos caminos alcanzaban hacia los cuatro rincones del mundo conocido.

Pero esas no son las razones por las que Dios quiere perdonar a Nínive. Las razones son, sencillamente, los 120,000 pequeñuelos que todavía no saben distinguir entre su mano derecha y su mano izquierda, y los muchos animales que hay en la ciudad.

Cuando este extraño Dios nuestro mira hacia Nínive y decide salvarla, lo que más interesa a Dios no es el rey de Nínive, sino los niños; no los ejércitos, sino los animales. Dios salva a Nínive no por los grandes sino por los pequeños. Dios salva a Jonás por Nínive. Dios salva al mundo por sus pequeños.

Quienes no conocen a este extraño Dios bien pueden pensar que la seguridad de Nínive estriba en sus ejércitos, en su tesoro, en la astucia de sus jefes, y en su rey. Pero Dios le dice a Jonás que las cosas son muy distintas. Dios ha tenido compasión de Nínive a causa de sus niños y de sus animales.

Por extraño que pueda parecernos, esto es lo que las Escrituras nos dicen repetidamente acerca de Dios. El Dios que perdonó a Nínive, en Jesucristo nos dijo que los postreros serán primeros, y es un Dios que siempre ha mostrado más respeto hacia los pequeños que hacia los grandes, hacía los niños que hacía los ejércitos.

Si este pasaje verdaderamente describe la naturaleza de Dios, se sigue que cada mañana, cuando Dios decide concederle un día más a esta nación nuestra, o a cualquier otra nación, Dios no lo decide porque esté mirando hacia el poder de nuestras armas, la sabiduría de nuestras universidades, o la astucia de nuestros gobernantes, sino que está tomando en consideración más bien a los que desde el punto de vista de las consideraciones militares menos cuentan, los niños y los animales.

Pero lo que es cierto de las naciones es también cierto de la iglesia. La iglesia está firme y perdura, no porque cuente con un capital de tantos millones de dólares. La iglesia no perdura porque sus jefes nacionales hagan buenas decisiones. La iglesia no perdura porque el plan para nueva estructura sea tan bueno o tan sabio. Todo esto es importante, y tenemos que asegurarnos de que la iglesia maneje bien sus fondos, que sus jefes hagan buenas decisiones, y que la nueva estructura sea lo más fiel posible a las exigencias del evangelio. Pero mucho más importante que todo eso es el hecho de que la iglesia perdura porque se basa en la piedra que los constructores rechazaron—como Jonás rechazó a Nínive—pero que ahora ha venido a ser piedra del ángulo.

En estos días de perplejidad, frente a cambios en la iglesia y cambios en el mundo, a todos nos gusta buscar señales. Pero no nos será dada ninguna otra señal, sino la señal de Jonás. La señal de la Reina de Saba, que muestra mayor sabiduría que los mismos hijos de Salomón. La señal de Jesús, que el crucificado reina, que los pobres reciben buenas nuevas, que los que estaban lejos

son traídos cerca. Esto puede que no nos guste. Quizás, como Jonás, quisiéramos que la gracia y la misericordia de Dios se limitarán a las gentes como nosotros. Pero el hecho es que no nos será dada otra señal. La pregunta entonces es, ¿qué actitud tomaremos? Seremos como Jonás, ¿lamentándonos y deseando morirnos porque no nos gusta lo que Dios en su misericordia está haciendo. ¿O seremos capaces de regocijarnos en la obra de Dios, recordando que nosotros también vivimos por la misma misericordia?

